

GONÇAL MAYOS SOLSONA

## ILUSTRACIÓN Y ROMANTICISMO

Introducción a la polémica  
entre Kant y Herder

**Herder**

A mi padre,  
que continúe mejorando

*Diseño de la cubierta:* Claudio Bado y Mónica Bazán

© 2004, *Gonçal Mayos Solsona*

© 2004 *Herder Editorial, S.L., Barcelona*

ISBN: 84-254-2362-7

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

*Fotocomposición:* gama, sl

*Imprenta:* Reinbook

*Depósito Legal:* B - 48.847 - 2003

*Printed in Spain – Impreso en España*

**Herder**

[www.herdereditorial.com](http://www.herdereditorial.com)

## ÍNDICE

Circunstancias, hombres y pensamientos: a modo de introducción . . . . .	13
I. Entrecruzamiento y destino de dos grandes pensadores	25
I-1 Los hombres, formación e influencias . . . . .	25
I-1-1 Dificultad kantiana por culminar la Ilustración e intuición herderiana del espíritu romántico . . . . .	38
I-1-2 La polémica, dos estilos de filosofar frente a frente . . . . .	45
I-1-3 La influencia de Herder agoniza mientras crece la de Kant . . . . .	54
I-2 Diferencias de estilos y de carácter . . . . .	61
I-2-1 Análisis frente a síntesis, y sistematicidad frente a sugerencia . . . . .	67
I-2-2 Claridad y distinción frente a multiplicidad y riqueza . . . . .	69
I-2-3 Eurocentrismo versus nacionalismo generalizado . . . . .	72
I-2-4 Coherencia estricta frente a intuición de la lingüística e historicidad humanas . . . . .	77

I-3	Contradictoriedad del pensamiento herderiano . . .	80
I-3-1	Progreso, una idea relativa según el contexto	84
I-3-2	Analogías naturales . . . . .	98
I-4	Kant: filosofía de la historia y sistema crítico . . . .	103
I-4-1	La esencia política de la historia . . . . .	103
I-4-2	Tarea crítica y la libertad en la historia . . . .	106
I-4-3	Uso práctico de la razón y juicio teleológico	120
I-4-4	Filosofía de la historia y los intereses primordiales de la humanidad . . . . .	128
II.	El núcleo común de filosofía de la historia . . . . .	133
II-1	Lo compartido: el modelo común subyacente . .	133
II-2	¿Naturaleza o providencia? . . . . .	142
II-2-1	Necesidad de un garante . . . . .	142
II-2-2	Giro naturalista en el garante . . . . .	146
II-2-3	El plan oculto . . . . .	150
II-2-4	Mecanismo de la historia . . . . .	153
II-3	Humanidad . . . . .	157
II-3-1	Autodefinición de hombre . . . . .	157
II-3-2	La humanidad como meta de la historia . . .	164
II-3-3	La historia como proceso educativo, una necesidad especulativa . . . . .	172
II-4	El progreso . . . . .	180
II-4-1	Una necesidad de la época y de las filosofías especulativas de la historia . . . . .	180
II-4-2	Pensar un indemostrable progreso y compatibilizarlo con la diversidad cultural .	186
II-4-3	¿Sólo para la especie o también para los individuos? . . . . .	197
II-5	Racionalización de la infelicidad humana . . . .	201
II-6	El fin de la historia . . . . .	206
III.	Lo disputado . . . . .	209

III-1	Diferencias irreconciliables . . . . .	209
III-2	Dualismo versus monismo. La oposición más global . . . . .	237
III-2-1	El hombre-ruptura frente al hombre- continuidad . . . . .	246
III-2-2	La posición erecta del hombre . . . . .	255
III-3	Teorías distintas del conocimiento . . . . .	260
III-3-1	¿Crítica de la razón pura o fisiología de las facultades? . . . . .	260
III-3-2	Ideas de la razón frente a analogías naturales	269
III-4	La cuestión política . . . . .	272
III-4-1	Lo social y lo natural . . . . .	273
III-4-2	¿Relaciones jurídicas o biológico-sentimentales? . . . . .	290
III-4-3	Estado o pueblo. Nación ilustrada frente a nación romántica . . . . .	294
III-4-4	El despotismo . . . . .	306
III-5	Dinamicidad y progreso. La segunda oposición más global . . . . .	312
III-5-1	La historicidad . . . . .	312
III-5-2	Progreso político y progreso moral . . . . .	318
III-6	Lo mismo y lo diferente, el privilegio de la unidad o de la diversidad. La tercera oposición más global . . . . .	330
III-6-1	Plan lineal y uniforme frente a complejo y polimorfo . . . . .	331
III-6-2	¿Existe destino o fin individual? . . . . .	332
III-6-3	El individuo y la ley . . . . .	338
III-6-4	Cosmopolitismo o nacionalismo generalizado . . . . .	348
III-7	¿Desarrollo conflictivo o espontáneo? . . . . .	355

IV. Ilustración frente a Romanticismo en el marco de la subjetivación moderna . . . . .	359
IV-1 El proyecto moderno: sujeto y racionalidad . . .	364
IV-2 ¿Revolución romántica, asalto a la razón? . . . .	366
IV-3 Participación de Ilustración y Romanticismo en el moderno proceso de subjetivación . . . . .	374
IV-3-1 Necesidad de expresión y creatividad . . . .	380
IV-4 Ilustración y Romanticismo a la búsqueda de un imposible equilibrio . . . . .	386
IV-5 ¿El sujeto desatado? . . . . .	398
Epílogo: Breve valoración de Kant y Herder, en el bicentenario de la muerte de ambos . . . . .	409
Kant, conciencia crítica de la humanidad . . . . .	411
Herder, humanista y «maldito» . . . . .	413
Bibliografía . . . . .	417

## CIRCUNSTANCIAS, HOMBRES Y PENSAMIENTOS: A MODO DE INTRODUCCIÓN

Tercer tercio del siglo XVIII, el tiempo parece acelerarse por momentos. El sistema del mundo newtoniano ya es indiscutible y la ciencia intenta extender su modelo a todos los ámbitos. La Tierra circunvalada ya bastantes veces muestra sus últimos secretos: Tahití, Tierra del fuego, etc. Occidente con plena conciencia de sí y muy seguro de sí mismo se impone política y militarmente allí donde pone los pies; paralelamente construye una filosofía digna de su orgullo y de la visión del mundo que quiere convertir en planetaria. Una revolución en las colonias angloamericanas rompe las viejas reglas del juego socio-político y parece anunciar a los espíritus atentos a los nuevos tiempos una más dramática y sangrienta revolución en el centro del mundo: la vieja Europa, Francia, París.

Todo parece reclamar el desarrollo de un nuevo género filosófico, en cierto sentido el más ambicioso de todos: una filosofía de la historia entera de la humanidad que, aunque se proyecte hacia el más antiguo pasado, haga justicia a un presente esplendoroso en cambio acelerado. Por

eso y porque así lo reclama el espíritu de la época, exige proyectar ese pasado y presente hacia la meta de un futuro que se quiere próximo y que tiene que culminar las esperanzas y proyectos de la humanidad.

No se trata de un reto baladí sino exigido por la fuerza y la ambición del momento. Ahora bien, a pesar de que el mundo futuro se está construyendo sobre todo en la Gran Bretaña y sus ex-colonias atlánticas, y el gran conflicto del momento se está fraguando en Francia, el nuevo género filosófico que reclama el siglo, aunque bautizado por Voltaire «filosofía de la historia», sólo será plenamente llevado a cabo en Alemania y con la significativa adjetivación de «u n i v e r s a l». El pueblo alemán, relativamente marginado tanto de la revolución comercial e industrial burguesa como de su correspondiente batalla político-social más violenta, parece obligado a abocarse a pensar la revolución, a extender sus potencialidades, esperanzas y sueños al marco totalizador de la historia universal del género humano. Pensar la humanidad surgiendo, en el fondo de los tiempos, de su naturaleza animal hasta escalar su emancipación racional en un proceso que parece entrever su meta no muy tarde en el futuro.

Ahora bien, dos mentalidades y dos ricas perspectivas cosmovisionales se enfrentan para concretar y teñir a partir de sus valores e ideales a esa visión omnicomprensiva de la humanidad en su desarrollo histórico. Se proponen definir los parámetros desde los que debe ser pensada, narrada, explicada y, finalmente, completada hasta sus últimos aspectos. Se trata, por una parte, del floreciente movimiento de la Ilustración que, no lo sabe aún, pero está culminando sus mejores momentos e inicia ya la inevitable inflexión

hacia su decadencia. Y, por otra parte, del muy incipiente movimiento del Romanticismo, el cual se alza contra aquel otro por entonces orgullosamente dominante y, con un entusiasmo formidable, carga en su contra criticando y subvirtiendo sus grandes principios, ideales, límites y marcos mentales.

Una gran parte de la tarea es colectiva; una infinidad de pensadores tan lúcidos como fascinados por sus ideales se afanan en desarrollar ideas de futuro e imaginar las legitimaciones más indiscutibles. Pero el gran andamiaje especulativo y la ejecución del gran esquema de la filosofía de la historia universal queda finalmente encargado a dos filósofos de gran profundidad y de personalidad muy contrastada (prácticamente tanto como los movimientos a que representan): Kant, que vive —como la Ilustración— su momento culminante como pensador, quizás ya decayendo desde la cima de la *Crítica de la razón pura*, y Herder que —como el Romanticismo— es todavía un advenedizo con talento y suerte, pero que también —como muchos románticos— pronto se verá condenado a un trágico revés de la fortuna. Es una apasionada batalla afortunadamente incruenta, pero llevada a cabo hasta el agotamiento de las fuerzas e, incluso, de los ideales, hasta el último argumento y la penúltima inventiva. Ciertamente y aún más que como le sucede a la Revolución francesa, ni Kant ni Herder concluyen el enfrentamiento, pero —después de ellos— el futuro casi ya no se parecerá en nada al pasado y estará más abierto que nunca.

Por ello, y con independencia de sus avatares biográficos y de la suerte inmediata de que gozaron, quedan sus pensamientos perfectamente dispuestos para defensa de su

opción filosófico-vital y como trampolín para todo aquel que quiera pensar creativamente hoy o comprender su tiempo. Desde la actual época de la globalización, es importante comprender los primeros verdaderos intentos de globalizar la condición humana, su desarrollo histórico y el sentido filosófico-especulativo de todo ello. Kant y Herder en gran medida sintetizan y enlazan con la mentalidad europeo-occidental en el inicio de su global expansión por toda la Tierra. Quizás no captaron del todo (porque no pudieron vivirlo) el complejo y sangrante proceso de colonización mundial, ni aún menos, la integración cultural (entre liberadora y colapsadora) que Internet y la sociedad de la comunicación hacen posibles, pero ya hablaron desde una perspectiva tan amplia que nos ofrecen profundas propuestas para todo ello. Kant y Herder anticiparon, como pocos, los actuales conflictos en torno a la diversidad, la multiculturalidad y los comunes derechos humanos, entre la imperiosa necesidad para dirigirse a toda la humanidad sin excepción (incluyendo las generaciones futuras que deberán heredar nuestro mundo tal como lo dejemos) y la necesidad de hablar con absoluta sinceridad desde la propia circunstancia e ideal vital.

En la actualidad percibimos sin ninguna duda que el conflicto con el otro (sea al nivel que sea) se convierte en inevitable y precisa aún más de imperiosa superación a medida que la Tierra muestra su limitación y todos los humanos –vivan donde vivan– entran en directa relación. Pero condición para superar o tratar democráticamente el conflicto con el otro es ser capaz de pensar la naturaleza, el origen, el sentido y el valor del otro, aún más: «de lo otro», es decir de su alteridad precisamente en la medida

que es diferente u opuesto a lo propio. Y para ello es imprescindible un pensamiento tan global y radical como para dejar espacio conceptual a lo otro, así como para relativizar o desdramatizar lo propio. La filosofía de la historia, ese género que tan bien ejemplifica las ambiciones de un tiempo pasado –aparentemente–, se convierte en clave para ello por dos motivos: En primer lugar, proyecta su mirada de la manera más amplia sobre el conjunto de la evolución humana (con lo cual nada humano nos puede ser ya realmente ajeno). Y en segundo lugar, pone de manifiesto la alteridad contenida y constituyente de la propia tradición (con lo cual pone de manifiesto concluyentemente que lo propio no es eterno y que, en gran medida, también nos es ajeno si lo consideramos desde el desconocimiento o la ingenuidad).

Ciertamente, la humanidad no ha percibido con facilidad ni su riqueza ni su alteridad interna. Por eso y todavía más, le ha costado captar su historicidad, es decir que todo lo humano, sus creaciones, productos y elucubraciones, sus sociedades, organizaciones y culturas son acontecimientos históricos con una dimensión temporal tan inevitable como constitutiva. Al contrario, ha tendido a considerar como esenciales y, por tanto, eternos los trazos y aspectos dominantes en cada momento. Con ese etnocentrismo tan característico de nuestra especie, cada pueblo (por pequeño que fuese) tendía a identificarse como la humanidad y a determinar lo humano conforme a sus más particulares realidades, deseos y expectativas. Por ello, si ya era muy difícil reconocer la evolución presente en su propia tradición y cultura, mucho más lo era reconocerla en el ideal de la humanidad que a su particular imagen y sem-

blanza se habían construido frente a otras culturas, y ya no digamos en la evolución del conjunto de las especies, de la vida y del universo mismo. Miles de años antes que las teorías de Darwin o de la evolución del universo a partir de una primera gran explosión de energía, todas aquellas ideas resultaban tan impensables como perseguidas cuando se insinuaban. Sin duda constituía una gran fuerza de subversión, de humildad y de reconocimiento de la diversidad, la idea de la historicidad de lo humano, que evidentemente incluía todo lo que se consideraba más propio.

¿Qué pequeños, parciales y limitados eran los propios dogmas (o lo que algunos durante un lapso de tiempo consideraron como tales) si incluso el ser y la Naturaleza devenían históricamente en un inmenso proceso que integraba y relativizaba a todos los pueblos, culturas y civilizaciones? Pues bien, las grandes filosofías especulativas de la historia de finales del XVIII se plantearon por primera vez y de la manera más amplia tal pregunta, y comenzaron un largo proceso de sacar las conclusiones oportunas que todavía hoy no hemos terminado. Animaba su entusiasmo y parecía protegerles del pánico que tal empujeamiento ante la historia habría de provocar su confianza en la humanidad, pero también un cierto e inevitable etnocentrismo, el orgullo y vanidad por los progresos que la Modernidad occidental había llevado a cabo en los últimos siglos, así como la evidencia que su saber y modo de vivir les permitiría imponerse —si bien más por la fuerza que pacíficamente— en todo el globo terrestre (la globalización actual comenzó precisamente entonces). Pero ello no tiene que empujarnos nuestra percepción del gran reto que asumieron, así como la amplitud de miras (ciertamente más

metafísicas y políticas que científicas) con que lo plantearon. Seguramente valoramos aquellas filosofías más en su justa medida si constatamos la actual debilidad del pensamiento, de la filosofía, de la política e incluso de la ciencia que no acaban de atreverse a desarrollar perspectivas tan amplias como las de las filosofías especulativas de la historia. Tales marcos globales de sentido continúan siendo una exigencia humana, y no sólo para la gente en general sino también para los «expertos» en los distintos saberes especializados.

Pero, como hemos dicho, el camino para que algo así como la filosofía de la historia fuera posible no ha sido fácil. En un principio y etimológicamente «historia» significa simplemente «narración». Quería ser narración de lo que pasa o de lo que pasó, pero ese pasar era visto desde la perspectiva de la eternidad, de lo permanente e incambiable, de una naturaleza que permanece siempre igual por debajo de los cambios de lo meramente superficial y de lo aparente. Fueron precisos milenios para que la humanidad se hiciera consciente que, dada la naturaleza temporal, cambiante y tendente a caducar de «lo que pasa», su «narración» podía (Kant y Herder dirían: «tenía necesariamente que») ser llevada a cabo como un proceso, un devenir, un desarrollo, una trama en evolución interna que definiera el gran conflicto implícito «en lo que pasa», lo desarrollara complejamente hasta abocar a un desenlace que diera sentido a todo ello, mostrando el fin a que tendía. Pues bien, este planteamiento sólo fue posible y se impuso mayoritariamente con los pensadores que aquí estudiamos y sus filosofías especulativas de la historia; de hecho dedicamos la segunda parte del libro a exponer su



común —en el fondo— manera de pensar la totalidad de «lo que pasa».

\* \* \*

Precisamente porque valoramos la dificultad y radicalidad de su intento de comprender el sentido del conjunto de la evolución de la humanidad, nos atrevemos aquí con un muy complejo experimento: comparar el pensamiento de Kant y Herder como modélicos —respectivamente— de la Ilustración y el Romanticismo. Ciertamente nos centraremos en la contraposición de las filosofías de la historia de Kant y Herder pero recalando que, cada una por su cuenta, culminan la Ilustración y el Romanticismo, mientras que en conjunto son la base primordial de las filosofías especulativas de la historia del Idealismo alemán (en especial las de Fichte y Hegel). Aunque tradicionalmente a cada uno de ellos se le ha considerado como representante cualificado del movimiento que representa, es evidente que no todo lo que seguidamente veremos en estos pensadores se puede asimilar o trasladar directamente a los movimientos en que se inscriben. Pues se trata de pensadores creativos, auténticos clásicos de la filosofía (y Herder también de la literatura) y, por tanto, van a la vez más allá de su época para hablar a toda época. Por ello nos hemos esforzado en distinguir cuándo hablamos simplemente de sus posiciones teóricas y cuándo explícitamente los ponemos como ejemplo y portavoces de algún movimiento o parte de él. Rogamos al amable lector que tenga en cuenta este hecho.

A diferencia de la mayor parte de los intérpretes, hemos evitado con gran cuidado tomar partido acrítica y globalmente por uno de los filósofos y movimientos considerados (siempre en detrimento del otro, claro está). Sabemos que representan mentalidades y perspectivas claramente opuestas y muy representativas de su época, así como también, vistos desde la actualidad, aún representan dos maneras opuestas y todavía muy vivas de pensar. Pero hemos considerado que el buen fin de nuestro análisis se basaba en mantener una clara distancia crítica que intente valorar a ambos pensadores y los movimientos culturales asociados con toda su complejidad y ambivalencia. Ello no significa que evitemos las críticas o soslayemos las valoraciones, pero sí que éstas se harán en función de la argumentación aducida en cada caso y no por una toma de partido previa. Nos ha parecido que esto último es demasiado habitual cuando se consideran a Kant y Herder. Pues su polémica y absoluta oposición parece transmitirse muy fácilmente a sus intérpretes y comentaristas, haciendo que se dividan en dos «partidos» irreconciliables y, a veces, incapaces de reconocer el mínimo mérito al «bando» contrario.

Ciertamente y de manera indiscutible, Kant es mayoritariamente mejor valorado que Herder, pero también es verdad que éste cada vez más vuelve a gozar de una entusiasta minoría de partidarios acérrimos. Y lo más significativo y grave del asunto es que en estos dos desiguales partidos se puede observar normalmente que las críticas y los elogios dedicados a uno mantienen una relación inversamente proporcional con los dedicados al otro. De tal manera que, tanto por parte de los partidarios de Kant como por parte de los de Herder, cada uno es visto como la «otra

cara absoluta» del otro. Desde nuestra muy consciente distancia crítica, no negaremos este «claroscuro» sino que lo potenciaremos, pero en todo momento evitando tomar partido de manera «mecánica» o predeterminada en favor de uno de ellos o los movimientos culturales que representan. En cambio, dispondremos con rigor sus oposiciones para que destaquen tanto como sus profundas similitudes, facilitando que así el lector se haga su propia opinión.

Hemos dividido nuestro trabajo en cuatro partes: la primera presenta a los autores y expone cómo plantearon ellos mismos su polémica. Se trata de definirlos en una especie de «claroscuro» general y situarlos en su contexto. La segunda parte estructura el modelo nuclear común de filosofía de la historia que comparten tanto Kant y Herder como la Ilustración y el Romanticismo. Sin olvidar los temas más importantes de la confrontación ponemos el énfasis en los puntos comunes que los unen por encima de sus diferencias. La tercera parte, compara a Kant y Herder como ejemplos de la Ilustración y el Romanticismo, desarrollando sistemáticamente cada uno de sus puntos de enfrentamiento. Allí se muestra pormenorizadamente cómo, a pesar de tener un núcleo común, su opinión es diversa, ejemplificando el enfrentamiento entre Ilustración y Romanticismo. En una más breve parte final hemos expuesto –más a vista de pájaro o en un análisis de *longue durée*– el papel esencial jugado por Kant y Herder, o especialmente por la Ilustración y el Romanticismo en la deriva filosófica y mental que conduce desde el origen de la Modernidad hasta nuestros días. Para ello nos hemos centrado en la progresiva radicalización del proceso de subjetivación moderno. Finalmente, en un muy breve epílogo hemos sinte-

tizado un último apunte del significado que desde hoy (precisamente en el bicentenario de su muerte) tienen estos dos grandes filósofos unidos (y separados) también en el momento de su muerte: Herder el 12 de diciembre de 1803 y Kant el 12 de febrero de 1804.

#### NOTA SOBRE LA BIBLIOGRAFÍA

Las obras principales de filosofía de la historia sobre las que se basa nuestro estudio las citamos simplemente por las siguientes abreviaciones más el número de página según la traducción castellana que usamos y consignamos de manera completa en nuestra bibliografía final.

Así citamos a partir de la traducción de Eugenio Ímaz *Emmanuel Kant. Filosofía de la historia* abreviando «*Idea*» por *Idea de una historia universal en sentido cosmopolita*, «¿Qué es ilustración?» por *Respuesta a la pregunta: ¿qué es ilustración?*, «*Comienzo verosímil*» por *Comienzo verosímil de la historia humana*, «*Si el género humano*» por *Si el género humano se halla en progreso constante hacia mejor*, y «*El fin*» por *El fin de todas las cosas*. Por la traducción de Emilio Estiú de *Inmanuel Kant. Escritos de filosofía de la historia* citamos abreviando «*Recensiones*» a las recensiones que realiza Kant *Sobre el libro «Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad» de J.G. Herder*. También citamos *La paz perpetua* por la traducción de Javier Alcoriza y Antonio Lastra en su selección *I. Kant. En defensa de la Ilustración* y con la abreviatura «*Pedagogía*» la traducción de Lorenzo Luzuriaga de los escritos «*Sobre pedagogía*» en *Kant, Pestalozzi y Goethe: Sobre educación*. Finalmente la *Crítica de la*

*razón pura* la citamos simplemente y como es el uso habitual por las letras mayúsculas A o B según se trate de la primera o segunda edición seguida del número de página.

Por lo que respecta a las obras principales de Herder usamos la traducción de Pedro Ribas con la abreviatura «*Otra filosofía*» para citar *Otra filosofía de la historia para la educación de la humanidad* y «*Metacrítica*» para *Una metacrítica de la crítica de la razón pura*. Y citamos por la traducción de J. Rovira Armengol con la abreviatura «*Ideas*» a *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*.

Finalmente las restantes obras las citamos, o bien dando la información bibliográfica completa si es esporádica, o bien, cuando es más habitual, simplemente por el nombre del autor y el número de la página, remitiendo a la bibliografía final para los datos restantes. Y cuando haya más de una obra de ese autor le añadiremos el año de publicación de la edición usada.

## I. ENTRECruzAMIENTO Y DESTINO DE DOS GRANDES PENSADORES

### I-1 LOS HOMBRES, FORMACIÓN E INFLUENCIAS

De todos es conocida la figura de Immanuel Kant (1724-1804),<sup>1</sup> así como su vida austera y retirada en Königsberg, la ciudad nativa que nunca abandonó. Menos conocida, sin duda, es la figura de Johann Gottfried Herder (1744-1803).<sup>2</sup> Como veremos, las vidas de ambos filósofos se entrecruzan continuamente, ya desde su nacimiento en la misma Prusia Oriental que les marcó profundamente, hasta los enfrentamientos constantes que marcaron gran parte de su evolución intelectual. También veremos cómo, a través de sus vidas, también se entrecruzan los dos movimientos filosófico-culturales más importantes de finales

1. Nos remitimos a los completísimos y conocidos testimonios de Borowski, Jachmann y Wasianki, aunque nos basamos sobre todo en la obra clásica de Cassirer (1978) ya que ha conjuntado admirablemente la vida y la obra de Kant.

2. Contamos en castellano con dos buenas biografías de Herder: la de Baur y la de Gerold.

del siglo XVIII: la Ilustración, que culmina precisamente con el pensamiento de Kant, y el Romanticismo emergente, muy bien reflejado en Herder.

Veremos la muy diversa evolución de Kant y Herder a través de su pensamiento y obras, y cómo cada uno va labrando su «destino» particular en función del juicio de los coetáneos. Las profundas alternativas en su reconocimiento filosófico-social reflejan muy bien las contradicciones y compleja evolución de una época tremendamente convulsa. En pocos años la Ilustración culmina y comienza a declinar, mientras que el Romanticismo estalla espectacularmente pero sufre constantes crisis de crecimiento. Nuestros autores vivieron los conflictos de una sociedad como la alemana, aún muy anquilosada en el *ancien régime*, que recibe entre entusiasmada y temerosa los profundos ecos de la Revolución francesa. También veremos cómo estos cambiantes conflictos no sólo fueron decisivos para el desarrollo del pensamiento de nuestros autores y movimientos, sino también en la valoración que sus ideas y obras merecieron a las distintas generaciones de intelectuales —a los cuales, ya reaccionaran positiva o críticamente, sin duda marcaron de manera decisiva—.

Dentro del conflictivo marco político-cultural del último tercio del siglo XVIII, el más viejo —Kant— se caracterizó por una lenta evolución dentro del relativamente cerrado ámbito universitario de la filosofía más rigurosa y menos popular. Hijo de un artesano real, Kant pudo aprovechar esa relativa proximidad a la corte de Königsberg para obtener una muy buena educación que, conjuntamente a su proverbial sobriedad, le permitió una lenta (si bien a la postre, brillante) carrera universitaria. Después de unos años

como preceptor privado en una familia,<sup>3</sup> inició su docencia en la Universidad de Königsberg como profesor temporal y pagado en función del número de alumnos (*Privatdozent*).<sup>4</sup> Sin demasiada suerte en la promoción a cátedra,<sup>5</sup> sólo tomó posesión de la cátedra de lógica y metafísica a la edad de 46 años<sup>6</sup> y antes, a los 41, había tenido que contentarse —y a petición propia— con el cargo de subdirector de la biblioteca real de Königsberg.<sup>7</sup> Además, aunque se inscribió en los movimientos intelectuales más importantes de su tiempo, sólo hacia el final de su vida trascendió Kant a la fama popular.

Formado por decisión materna en el Pietismo,<sup>8</sup> Kant se decantó pronto por la influencia de la llamada escuela de Leibniz-Wolff, a la que más tarde calificará de «racionalismo dogmático». Liderada por Christian Wolff, esta orientación gozaba de creciente peso universitario e intelectual, pero limitado a un círculo reducido y siempre amenazado (por ejemplo, por su enemigo el Pietismo). Esta juvenil elección ya condenaba a Kant a una muy relativa influencia

3. De 1746 a 1755.

4. De 1755 a 1765.

5. Su candidatura fue desestimada primero para la de matemáticas y luego para la de lógica y metafísica.

6. En 1770.

7. Su primer sueldo fijo en la universidad.

8. Es un movimiento luterano de renovación religiosa que valoraba el sentimiento, actitud y la vivencia personales por encima de los dogmas y las jerarquías eclesiales. Reivindicaban una interpretación íntima y privada de la Biblia, más a partir del corazón que no del intelecto. Para los pietistas, la religión es sobre todo una vivencia basada en la iluminación divina que se manifiesta sobre todo en un comportamiento y conciencia moral. Como desconfían de la razón y del intelectualismo, es un movimiento muy crítico con el Racionalismo filosófico y la Ilustración.

y reconocimiento social. Además tampoco lo facilitaban los otros intereses kantianos, especialmente por la ciencia físico-matemática y por Hume –bastante desconocido pero con fama de peligroso escéptico–. Sólo más tarde –por otra parte coincidiendo con la consolidación de su perspectiva más creativa del «criticismo»– y a medida que la Ilustración penetra en el mundo alemán (también con el entusiasmo despertado por Rousseau, del que era un gran lector), se popularizó el pensamiento de Kant. Y, aún entonces, lo fue no tanto por sus profundas tres *Críticas* (la primera en especial tuvo una recepción terriblemente fría e incomprendida), sino por escritos más circunstanciales y de intervención pública, como los que trataremos principalmente aquí.

Así como el camino que lleva a Kant a la tarea intelectual parece plácido y su reconocimiento lento y minoritario, el de Herder aparece como especialmente difícil, si bien a los pocos años compensado con un rápido y mayor éxito popular. Nacido en la aldea de Mohrungen (no muy lejana de Königsberg), Herder era de origen más pobre si bien no miserable. Durante mucho tiempo le persiguieron duras estrecheces económicas, por las que estuvo siempre muy angustiado. En ello coincide Herder con tantos otros genios (de Leibniz a Mozart) que se vieron obligados a depender estrechamente del capricho del príncipe de turno, y que únicamente con dificultades obtuvieron cierta seguridad económica.<sup>9</sup> Como muchos intelectuales pobres de

9. Incluso algunos, como Hölderlin, fueron completamente incapaces de ello. Mientras que otros, a pesar de sus obvios méritos y un notable reconocimiento, no acabaron de liberarse totalmente de su «condición» al «servicio» de la nobleza –como Bach o Leibniz–. Sabidas son

la época, Herder sólo pudo satisfacer su anhelo intelectual siguiendo la carrera eclesiástica. Y para ello, debió sufragarse su formación trabajado de celador para sus mismos compañeros de estudios (lo cual lo humilló y angustió mucho). Sea o no por esto, el carácter de Herder resultó tan problemático como su apreciado Rousseau y muy diferente de la profunda e inamovible autoconvicción –dentro de una gran humildad– que siempre caracterizó a Kant. «Según todos los testimonios, [Herder] siempre fue un hombre profundamente dividido, inestable, resentido, amargo, desdichado, en constante demanda de apoyo y alabanza, neurótico, pedante, difícil, celoso y, las más de las veces, insoportable.»<sup>10</sup>

Significativamente, ambos pensadores recibieron una profundísima influencia del pietismo, si bien su reacción ante la misma no es en absoluto idéntica. Tanto Kant como Herder se caracterizan por una profunda y sincera religiosidad, pero mientras el segundo hace de ella también su «profesión» y «vocación» (ambos términos traducen el *Beruf* alemán) y con facilidad vincula filosofía y religiosidad; Kant se esfuerza sistemáticamente y a plena conciencia

---

las grandes dificultades de los primeros intelectuales de origen plebeyo que consiguieron romper –siempre relativamente– esta subordinación para adquirir una cierta independencia –caso de Mozart– o incluso un importante poder delegado –caso de Goethe–.

10. Esta terrible descripción es de Berlin (1995, p. 279, nota), quien con gran agudeza psicológica comenta: «Al igual que otros propagandistas apasionados, Herder defendió encarecidamente aquello de lo que él mismo estaba tan falto. Como ocurre en muchas ocasiones, los profetas no ven ante sí más que sus propias fantasías compensatorias. La concepción de la unidad de la personalidad humana y de su integración en el organismo social por medios “naturales” era el polo opuesto al carácter y conducta del propio Herder».

cia por separar estos dos ámbitos. Kant siempre quiso distanciarse en su reflexión filosófica del pietismo, aunque bebe de él tanto su famosa frase «he tenido que poner límites al conocimiento para dejar espacio a la creencia»<sup>11</sup> como toda su filosofía moral. Significativamente, la obra kantiana de contenido más explícitamente religioso (que, como veremos, le costará una dura censura real) lleva el significativo título de *La religión dentro de los límites de la mera razón* para descartar partir de la fe o del misticismo.

Nuestros personajes coincidieron por primera vez en la Universidad de Königsberg (1762), donde Herder —que estudiaba teología— fue discípulo de Kant. Éste, por entonces inscrito en el período de su desarrollo intelectual llamado «precítico», no había adquirido todavía su plena personalidad intelectual pero era ya muy reconocido dentro del ámbito de sus alumnos. Parece ser que el reconocimiento fue mutuo, pues Herder era un estudiante brillante y creativo (en cierto sentido demasiado para Kant), si bien, como corresponde por la edad, la admiración más profunda fue por parte del discípulo.

Herder siempre valoraría a su antiguo profesor, del cual dijo en una de las *Cartas para la promoción de la virtud humana*,<sup>12</sup> escritas con posterioridad a su polémica: «He

11. Hemos traducido el término original alemán *Glauben* por «creencia», aunque también es traducible por «fe» (en cuyo caso la influencia pietista es mucho más evidente), por parecernos más adecuado ya que evita la automática interpretación de la frase en clave religiosa. Por ejemplo, en este famoso texto del segundo prólogo a la *Crítica de la razón pura* (B, XXX), tan relevante nos parece la influencia y lectura pietista como la humiana. Como es el uso, citamos la *Crítica de la razón pura* de Kant simplemente remitiendo mediante las mayúsculas A o B seguidas del número de la página para referirnos a su primera o segunda edición.

12. Baur, pp. 16s.

tenido la suerte de conocer a un filósofo, que fue maestro mío... Con el mismo espíritu con el que sometía a prueba a Leibniz, a Wolff, a Baumgarten, a Crusius, a Hume, y escrutaba las leyes naturales de Kepler, de Newton, de los físicos, tomaba los escritos de Rousseau, que por entonces aparecían, su *Emilio* y su *Heloísa*, y volvía una vez y otra sobre el conocimiento desprevenido de la Naturaleza y sobre el valor moral del hombre. Historia de los hombres, de los pueblos, de la Naturaleza, ciencia natural, matemática y experiencia eran las fuentes con cuyas aguas vivificaba sus explicaciones y su trato; nada digno de ser sabido era para él indiferente... Animaba y amablemente obligaba a cada uno al pensamiento independiente; el despotismo era extraño a su genio. Ese hombre, a quien nombro con la mayor gratitud y veneración, es Immanuel Kant». Y ya al principio de las *Ideas* había citado elogiosamente la *Historia general de la Naturaleza y teoría del cielo* de éste, a la cual consideraba «mucho menos conocida de lo que su contenido merece».<sup>13</sup>

Mientras Herder cursaba la carrera, Kant transitaba ya lentamente su camino filosófico y, con gran rigor, constataba la imposibilidad de aplicar un mismo «uso de la razón» para las cuestiones científicas y para las metafísicas. Pero, además de la edad, son sus distintas opciones personales y filosóficas lo que los alejaba rápidamente. Por ejemplo, mientras Kant se interesaba y vinculaba al movimiento racionalista con voluntad de sistema metafísico global del wolfismo (perseguido por el Pietismo y la tradición dominante), Herder se inserta en la tradición de reli-

13. *Ideas*, p. 17, nota.

gión popular alemana. Mientras Kant centraba su atención en la ciencia físico-matemática newtoniana, Herder se mostraba más interesado en la biología y las ciencias naturales cercanas al movimiento –muchas veces más teosófico que científico en sentido moderno– de la *Naturphilosophie* alemana. Mientras Kant leía un vilipendiado pensador escéptico escocés –Hume– y –despertándose del «sueño dogmático»– constataba tanto la validez de las críticas de éste como la necesidad de evitar sus conclusiones escépticas, Herder se fascinaba por la teoría fisionómica de J. K. Lavater (1741-1801). Y por ello afirma en *Ideas* que por la forma exterior se puede adivinar la organización interior de las criaturas (no olvidemos que, para Herder, la organización era el carácter más esencial de las criaturas).

Seguramente la influencia –aunque rápidamente reconducida por Kant– del escéptico Hume es uno de los factores más importantes del alejamiento de nuestros autores. Mientras que ayudó a Kant –como él mismo confiesa– a «despertar del sueño dogmático» y a preparar su propio «criticismo», para Herder no fue sino un escéptico absolutamente condenable del que no quiso sacar ninguna enseñanza positiva. En cambio, sin duda la influencia común más importante para ambos es la de Rousseau. Tanto Kant y Herder le deben mucho, y nos atreveríamos a afirmar que, en contra del tópico, especialmente este último.<sup>14</sup> Aunque es de todos conocida la profunda admira-

14. Berlin va ofreciendo a lo largo de sus ideas una relación exhaustiva de las posibles influencias de Herder. Nosotros no la compartimos plenamente: en primer lugar, por su misma extensión, que la hace aparecer como irreal y, en segundo lugar, por el olvido de dos influencias claras como Voltaire y Spinoza.

ción que Kant sentía por el autor del *Contrato social*. Ambos toman de Rousseau: la acerada crítica de la vida presente, el poner de manifiesto los artificios e hipocresías de la sociedad actual, la reivindicación de la sinceridad, la autenticidad y la autonomía ético-personal. Pero, mientras Herder se siente mucho más cómodo y radicalizará a su manera la reivindicación rousseauiana de la vida primitiva pero auténtica, y la necesidad de que el sentimiento acompañe e, incluso, guíe a la razón; Kant abogará más bien por un renovado esfuerzo por construir sobre la razón y su dominio incontestado tanto la esperanza colectiva como la individual de la humanidad.

Otra influencia común, pero que claramente separa a nuestros dos autores, es Johan Georg Hamann (1730-1788). Llamado «el mago del Norte», la influencia de este pensador en el mundo alemán ha sido muy olvidada hasta hace unas pocas décadas.<sup>15</sup> Hamann, que también vivía en Königsberg, era por supuesto conocido de Kant, del cual fue inevitablemente interlocutor habitual, si bien parece que ambos evitaban cuidadosamente dejarse influir. Todo lo contrario sucedió con Herder, éste se deja influenciar por él y a su vez influye en él, mantienen un muy estrecho contacto y se mantuvieron como fieles amigos. A pesar de ello, el pensamiento de Hamann (también de base pietista) profundamente anti-racionalista, místico y de una profun-

15. El gran historiador de las ideas Isaiah Berlin (*El Mago del Norte. J.G. Hamann y el origen del irracionalismo moderno*, 1997, p. 47) considera que Hamann fue «el primer adversario radical y sin desmayo que tuvo la Ilustración francesa en su tiempo». Por ello lo considera un pensador clave para la emergencia de lo que él consideraba el movimiento que marca el traumático paso de la Modernidad a la Edad Contemporánea: el Romanticismo.

didad oracular es muy distinto del herderiano (y no deben confundirse). Además, éste aventajaba al primero, en opinión de Meinecke, por su mayor sensibilidad y su interés más universal. De todas maneras, hay una muy plausible influencia de Hamann sobre nuestros autores por lo que respecta a la filosofía de la historia, pues les ayudó a tomar conciencia de la componente histórica y de la necesidad de dar cuenta de ella. De hecho, Meinecke<sup>16</sup> sitúa a Hamann ya en la línea del historicismo: «experimentó un renovado y vigoroso sentimiento de la unidad del cuerpo y alma, querida por Dios, realizando así el peculiar valor de lo irracional y que, con esta sensibilidad vital, había comenzado ya, aunque de un modo dogmático todavía y ligado a creencias bíblicas normativas, a considerar el mundo histórico».

Por otra parte, nos parece muy significativa la influencia de Hamann sobre Herder por lo que respecta a su progresivo distanciamiento respecto a Kant y al pensamiento científico, ilustrado y «criticista» de éste. Aunque Herder fue más reconocido, siendo considerado uno de los padres de la literatura alemana, también Hamann participó en el espíritu del naciente movimiento prerromántico del *Sturm und Drang* (del que Kant se mantuvo completamente alejado). También es cierto que, si bien desarrollando una idea tradicional, Herder fue muy influido por Hamann en su interpretación de la historia humana como revelación divina. Además es clara la proximidad de la crítica de Hamann a los ilustrados, a los que llama «abstraccionistas», con la sistemática y profunda «destrucción»<sup>17</sup> de la Ilustra-

16. Meinecke, pp. 310s.

17. Usamos el neologismo derridaniano porque como veremos no es tan sólo un intento de «destrucción» o de crítica total, sino más

ción llevada a cabo por Herder. También es significativa la coincidencia en su común crítica a la razón ilustrada y a su orgullo que la lleva a oponerse y querer dominar el resto de facultades humanas. Al respecto, Goethe en *Poesía y Verdad*<sup>18</sup> atribuye a Hamann este principio clave del Romanticismo: «todo cuanto el hombre se propone realizar, ya fuere en la esfera de la acción ya en la de la palabra, ha de brotar de todas sus energías reunidas; todo lo aislado debe rechazarse». Finalmente, es muy significativa la coincidencia de Hamann y Herder en sus ataques a Kant (aunque el segundo es mucho más directo y persistente).

También es clara la coincidencia de terminología y espíritu de la obra de Hamann *Metacrítica sobre el purismo de la razón pura* (1784) y la *Metacrítica de la crítica de la razón pura*<sup>19</sup> (1799) de Herder. Además de la referencia mucho más directa y sin tapujos a la obra kantiana del libro de Herder, tenemos que hacer notar ya que, como veremos, las circunstancias en el momento de publicación de estas dos obras anticriticistas son significativamente diversas: Hamann publica su libro cuando todavía la *Crítica de la razón pura* de Kant no había sido bien asimilada ni por los filósofos profesionales ni, por supuesto, por el público en general, en cambio Herder lo hace en un momento de máximo esplendor del criticismo y –lamentablemente para él– antes de que las grandes reformulaciones y ataques de idealistas como Fichte, Schelling o Hegel pudieran permitir leer su obra con otros ojos.

bien de reformulación y transvaloración sistemática de todos y cada uno de los parámetros y elementos centrales de la Ilustración.

18. Citado por Berlin, 1997, p. 51, nota.

19. *Eine Metakritik zur Kritik der reinen Vernunft*.



La influencia de Hamann sobre Herder es a la vez profunda y duradera. Significativamente éste confiesa que, al final de su vida, habiendo roto con Kant y la filosofía predominante, e incluso con Goethe y las nuevas corrientes literarias, y encontrándose en un notable ostracismo en la corte de Weimar, únicamente le quedaban tres apoyos: su esposa Carolina, el poeta romántico Jean Paul<sup>20</sup> (1763-1825) y su viejo amigo Hamann. También muy significativamente Herder admiraba a Hamann prácticamente por los mismos motivos que Kant le criticaba a él mismo: por su independencia, su fuerza impetuosa y borrascosa, su originalidad, la habilidad en la mezcla de todo tipo de argumentos, el estilo entre brillante e inspirado y oscuro e impreciso. Así como probablemente por «los impulsos sensuales y las pasiones consideradas como pecaminosas o peligrosas por los devotos».<sup>21</sup>

El filósofo neoplatónico inglés A. A. C. Shaftesbury (1671-1713) fue un autor que ejerció una gran influencia sobre Herder, tanto en su visión armónica del cosmos como por su valoración del sentimiento, el entusiasmo y la simpatía cósmica. Herder también reivindica el ilustrado Montesquieu, y llegará a escribir: «Todo según el método de Montesquieu, nada sin él».<sup>22</sup> Inspirado en el autor francés, afirma la importancia del clima y de la situación geográfica en la configuración de la especificidad de las culturas. También desarrollará a partir de él y de Voltaire (en su *En-*

20. Significativamente, Jean Paul –como otros románticos: Hölderlin o Kleist– fue también muy poco valorado e incluso menospreciado por parte de Goethe, cuando éste ejercía su gran dominio sobre el panorama cultural alemán.

21. Meinecke, pp. 310s.

22. Rouché, p. 25.

*sayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones* de 1756) el término y el concepto del «Volksgeist» (espíritu del pueblo), del que es uno de los más importantes teóricos. De Voltaire, además, recibió la denominación de «filosofía de la historia», que fue introducida en Alemania por medio de los suizos Isaac Iselin (1728-1782), quien había publicado en 1764 *Conjeturas filosóficas sobre la historia de la humanidad* y J. D. Wegelin (1721-1791). La obra de Herder *Otra filosofía* fue escrita para criticar directamente a Iselin y, sobre todo, a Voltaire.

Respecto a la Aufklärung alemana, Herder no simpatizó en exceso con Lessing y su teoría concordantista de las distintas religiones reveladas, bajo el fondo común de una religión natural. En este sentido, Herder podía aceptar la tesis de Lessing en el escrito *La educación del género humano*, «Lo que es la educación para el individuo, es la revelación para el género humano»,<sup>23</sup> pero no sus afirmaciones en el sentido de que ahora ya se podía «prescindir» de las enseñanzas contenidas en el Antiguo y Nuevo Testamento,<sup>24</sup> y de la presencia de una revelación trascendente en la historia. Aunque en su obra más madura, Herder manifestó más simpatía por representantes de la primera Ilustración como William Roberston (1721-1773) y Edward Gibbon (1737-1794), criticó a la Ilustración desde el «Sturm und Drang», poniendo la religiosidad por encima del ateísmo, el nacionalismo por encima del cosmopolitismo afrancesado, la Edad Media por encima de la Ilustración, y la poesía sobria, heroica y firme de aquellos tiem-

23. Hay traducción castellana de A. Andreu Rodrigo en G. E. Lessing *Escritos filosóficos y teológicos*, Editora Nacional, Madrid, 1982, p. 574.

24. *Ibid.*, pp. 589ss.

pos sobre la poesía y la literatura amanerada de su tiempo. Paralelamente, por negar toda imitación de formas o estilos ajenos a la propia cultura reivindicando la autenticidad de la Edad Media (en contra de la desproporcionada devoción por Grecia y Roma) Herder tampoco confraternizó con el Clasicismo cada vez más extendido en Alemania y que tenía como padre a J. J. Winckelmann (1717-1768).

### *I-1-1 Dificultad kantiana por culminar la Ilustración e intuición herderiana del espíritu romántico*

Ya sabemos que Kant no necesitó ningún largo viaje por Francia para simpatizar y inscribirse dentro de la Ilustración, muy al contrario le sucede a Herder, quien no se siente en absoluto vinculado ni fascinado por ella. De su viaje en 1769 y contacto, a través de Diderot y D'Alembert, con todo el debate en torno de la *Enciclopedia francesa* –entonces en publicación– parece quedarle básicamente un rechazo. Ello es prueba probablemente de que su tendencia y su evolución estaba más en la línea de Hamann que no de su «maestro» Kant; más en la línea de un romanticismo «alemán», todavía no-nato pero que parece otear en el horizonte, que no de la ilustración madura y que comienza a hacerse sentir más allá de los «salones aristocráticos». Pues, no en vano, la gran crítica a la Ilustración por parte de todos los grandes antiilustrados (el británico Burke el primero) y que Herder comparte, es que ha causado el disgregamiento social que llevó a la Revolución Francesa.

Ya en esa línea que le va apartando del marco filosófico kantiano, Herder conoció a quien había de ser sin duda la

amistad más importante de su vida (y posiblemente para la cultura y la literatura alemanas): Goethe. Se encontraron en Estrasburgo, participando en pleno estallido del *Sturm und Drang*, naciendo inmediatamente entre ellos un profundo y recíproco respeto. Por ejemplo Goethe define así su creativa y entusiasta relación de entonces: «Herder quería siempre estar rápidamente en la meta, y ya había captado las ideas cuando yo apenas si había medianamente abordado la observación, aunque precisamente por esa recíproca excitación nos estimulábamos mutuamente».<sup>25</sup> Así es muy significativo que fuera precisamente Herder quien salvara del fuego (e incluso del desprecio –posterior– de su propio autor) algunas de las más interesantes obras juveniles y románticas de Goethe. Por su parte, Goethe no ocultó nunca su valoración por la renovación cultural liderada por su amigo Herder. Así, decía a Eckermann el 3 de mayo de 1827: «¡Qué mezquindad la nuestra en Alemania! ¿Qué quedaba en mi juventud entre el verdadero pueblo, de nuestras viejas canciones, no menos importantes? Herder y sus continuadores comenzaron a recogerlas para salvarlas del olvido.» Y todavía más rotundo se muestra el 18 de enero de 1825 según consigna Eckermann: «Departimos también sobre la gran cultura que estos últimos cincuenta años se había difundido en la clase media por toda Alemania, y Goethe atribuyó el mérito del comienzo de ese movimiento menos a Lessing que a Herder y a Wieland.»

Pues bien, inscrito en este complejo magma prerromántico que se proyecta más allá y en contra de la Ilustra-

25. Véase López-Domínguez, 2002, p. 25, remitiendo a R. Friedenthal *Goethe. Sein Leben in seine Zeit*, München, Piper, 1963, p. 357.

ción, Herder<sup>26</sup> alcanza un repentino e influyente reconocimiento popular. Sus *Fragmentos sobre una nueva literatura alemana* (1767) se inscriben decisivamente dentro de la aspiración popular alemana (contraria al afrancesamiento tan importante de las cortes y las elites) a una literatura nacional que, según Herder, expresase el «espíritu del pueblo» (Volkgeist). También fueron muy influyentes y apuntaban hacia el *Sturm und Drang* sus *Silvas críticas* (1769). Herder está en plena creatividad y va publicando con gran reconocimiento su famoso *Ensayo sobre el origen del lenguaje* (1772), las *Cartas sobre Ossian* y su *Shakespeare* (ambos de 1773). Por lo que a nosotros respecta es especialmente importante la publicación en 1774 por Herder de la primera obra sobre temática de filosofía de la historia (anticipándose en diez años a Kant): *Otra filosofía de la historia para la educación de la humanidad. Contribución a las muchas contribuciones del siglo*. Con este título sale al paso del orgullo ingenuo de los ilustrados al privilegiar su época y enjuiciar desde ella las anteriores, remitiéndose irónicamente a obras de la época como las *Conjeturas filosóficas sobre la historia de la humanidad* (1764) de Issac Iselin (1728-1782) pero, sobre todo, apunta a Voltaire, *El siglo de Luis XIV* (1751) y la *Philosophie de l'histoire par feu l'abbé Bazin* que introduce el *Essai*. Herder se convertía en portavoz (aunque resuenan los influjos roussonianos) de

26. Berlin (1995, pp. 188-196) hace un análisis prácticamente exhaustivo de las perspectivas culturales sobre las que se encavalca Herder y que sugestivamente relaciona a pesar de las sus aparentes contradicciones. Son ellas tanto como –a juicio de Berlin– sus tres grandes aportaciones personales (populismo, expresionismo y pluralismo) las que justificarían el entusiasmo con que es saludado el pensamiento herderiano.

un nuevo espíritu antiilustrado: «¿Tiene que haber ahora en Europa más virtud de la que ha habido jamás en el mundo? Y ¿por qué? Porque hay mas ilustración. Mi opinión es que, precisamente por ello, tiene que haber menos. (...) No se percibe que, si no tenemos los vicios y virtudes del tiempo pasado, es porque no poseemos en absoluto su situación, sus fuerzas y su savia, su medio y su elemento».<sup>27</sup>

Frente a este espectacular estallido de publicaciones de Herder en sólo siete años, además liderando un nuevo espíritu estusiastamente emergente que parecía amenazar todos los ideales y valores por los que luchaba Kant, en apariencia es mucho más gris el balance de este último. Aún más si comparamos el lapso de tiempo mucho más amplio de producción de Kant y, a pesar de haber llevado a cabo obras tan valiosas como su *Historia general de la Naturaleza y teoría del cielo* (1755, con la primera formulación de la teoría cosmológica luego llamada de Kant-Laplace) o su «disertación» para habilitarse como catedrático universitario *De mundi sensibilis atque intelligibilis forma et principiis* (1770). De hecho Kant, que ya no era por entonces un joven profesor y a quien se reclamaba la publicación de la «gran obra» a que parecía destinado, da como respuesta –momentánea– a esta elogiosa demanda la extraña obrita titulada significativamente: *Los sueños de un visionario explicados por los sueños de la Metafísica* (1766). En ella, para gran sorpresa de los lectores (incluidos los que habían leído su obras anteriores), identificaba las visiones y elocubraciones del teósofo sueco Swedenborg con las ar-

27. La negrita es nuestra.

gumentaciones y principios de la metafísica racionalista, además todo ello en un discurso y estilo que parecía ignorar la polémica y escándalo que tal tesis crítica con la metafísica había de comportar.

No es extraño pues que Kant se viera obligado a disculparse ante la «indignación» que tal obra provoca en el gran ilustrado alemán de origen judío Moisés Mendelshon, el cual por otra parte le tenía en gran valoración. En su carta a éste del 8-4-1766 a propósito de *Los sueños...*, Kant<sup>28</sup> justifica la incompreensión de esta obra reconociendo de manera explícita la «desgana» y la «forma ambigua» con que había sido escrita. Pero además aprovecha para definir (¡quince años antes!) con gran claridad la tarea futura de la filosofía y la revolución que se propone llevar a cabo en la metafísica y la teoría del conocimiento, si bien humildemente la proyecta sobre su interlocutor antes que sobre sí mismo. Dice Kant: «Me encuentro tan lejos de considerar a la metafísica misma –*objetivamente* sopesada– como insignificante e inútil que sobre todo desde hace algún tiempo (desde que creo haber comprendido su naturaleza y su lugar propio entre los conocimientos humanos), estoy convencido de que de ella depende incluso el auténtico y permanente bien del género humano, un elogio que podrá parecer exagerado a cualquier otro que no sea Vd. Compete a *genios* como Vd., Señor mío, inaugurar una nueva época de esta ciencia, renovar totalmente las reglas y dibujar con mano maestra el plano de esta disciplina construida hasta hoy día sin orden ni concierto. (...) [A]

28. *Los sueños de un visionario explicados por los sueños de la Metafísica*, Madrid, Alianza, 1987, p. 124.

despojarle de su dogmático ropaje y tratar con escepticismo sus ilusorios conocimientos, de todo lo cual efectivamente sólo se saca un provecho negativo (*stultitia caruisse*), pero que es preparatoria para el [provecho] positivo».

Dentro de las alternativas que van contraponiendo nuestros dos pensadores, es interesante comentar que los momentos de mayor reconocimiento y de confianza intelectual de Herder vienen a ser paralelos a un cierto «callejón sin salida» kantiano provocado por la inconsistencia o, al menos, incompreensión de *Los sueños*, así como las dificultades para culminar su «revolución copernicana». De hecho, Kant está precisamente a las puertas de su famoso período de «silencio» que durará diez años y que sólo cerrará con la publicación de la *Crítica de la razón pura* en 1781. Es interesante recordar, para valorar la dificultad y tardanza con que Kant llega finalmente a su gran obra, cuya publicación coincide con el estreno del drama romántico *Los Bandidos* de Schiller, mientras que el *Werther* de Goethe lleva siete años generando una moda popular típicamente romántica. También es interesante recordar, para valorar hasta qué punto el pensamiento crítico de Kant culmina y cierra la Ilustración, que en 1781 ya han muerto los grandes ilustrados Montesquieu, Feijóo, Voltaire, Hume, Rousseau, Condillach, Helvetius y Lessing; a los que hay que añadir, cuando en 1784 inicia sus escritos de filosofía de la historia y publica *Respuesta a la pregunta ¿qué es ilustración?*, el científico Euler y a los editores de la *Enciclopedia francesa* Diderot i D'Alembert.

Mientras Kant parece pasar un silencioso y largo calvario especulativo, Herder parece alcanzar una plenitud y tranquilidad económica e intelectual que le parecía esqui-

va. Llevado tanto por su amistad como por la valoración que le merecía, Goethe no dudó en buscar a Herder (1776) un importante cargo en la corte de Weimar, en la que él ya había alcanzado un gran protagonismo. Así, gracias a la intervención de Goethe, Herder fue nombrado Superintendente General, Predicador mayor de la Corte, Consejero mayor del Consistorio y de la Iglesia, Inspector de las escuelas y Primado de la villa residencial.<sup>29</sup> La ocupación era intensa y Herder se volcó a fondo en especial en las tareas de vigilancia pedagógica.<sup>30</sup> Por lo que toca a la predicación, parece ser que la orientación fuertemente pietista y de religión popular adoptada por Herder no fue del todo bien acogida en una corte tan ilustrada como la del Weimar de la época. Además, a partir de 1779 aparecerá un distanciamiento con Goethe que irá creciendo con el tiempo.

Pero de momento, Herder está viviendo su gran momento de triunfo, mientras que, después de las grandes dificultades de concepción, Kant ve con gran disgusto la frialdad e incompreensión con que es recibida la *Crítica de la razón pura*. Una de las poquísimas reseñas que aparece a su publicación es muy negativa y fue escrita –con importantes cambios del editor– por el influyente Christian Garve (1741-1798) inscrito dentro de la potente «filosofía popular» alemana. En contra de su costumbre, Kant debe salir a la palestra y defender su obra respondiendo a Garve. Paralelamente tiene que polemizar con Johann Georg Heinrich Feder (1740-1821). En su esfuerzo por ser reconocido definitivamente como una voz indiscutible y creati-

29. Baur, pp. 91s.

30. Al respecto son interesantes los capítulos 3 y 4 de *Herder, su ideal de Humanidad*, Madrid, Ediciones de la lectura, s.f.

va de la filosofía, y por hacer comprensible la *Crítica*, Kant en 1783 se autodivulga formulando de manera más sintética su «revolución copernicana» en los *Prolegómenos a toda futura metafísica que quiera presentarse como ciencia*. Precisamente y de manera significativa, en esta época aflorará la polémica sobre filosofía de la historia entre Kant y Herder.

### *I-1-2 La polémica, dos estilos de filosofar frente a frente*

Aunque la polémica Kant-Herder apunta sobre todo al choque entre dos maneras distintas de entender la filosofía, anticipando y ejemplificando la lucha entre Ilustración y Romanticismo, se vio agravada por una cuestión personal de desconfianza mutua, por la divergencia irreconciliable de caracteres y por sus muy opuestos estilos de expresión. Además seguramente no puede entenderse sin las circunstancias sorprendentemente contrapuestas que hemos analizado: el rápido y brillante éxito del «alumno» Herder (a caballo de nuevos aires ya prerrománticos) y el relativo estancamiento del maestro. A inicios de la década de 1780, ciertamente, Kant vivía calladamente (como era habitual en él) momentos amargos de sorprendente incompreensión. Después de un largo silencio de diez años ha publicado finalmente la gran obra que define su visión personal de la filosofía (y culmina, no lo olvidemos, en cierta medida el proceso filosófico moderno e ilustrado), pero ésta parece unánimemente incomprendida. Aún más incluso, a Kant le parecía que el nuevo estilo cultural y de filosofar sobre el que cabalgaba cómodamente su antiguo «discípulo» impedía o, al menos, desviaba la atención de

esa obra y de la correcta perspectiva desde donde debía ser interpretada.

A través de Hamann<sup>31</sup> (el cual, aunque de momento se reservaba públicamente su opinión, no cesaba de denostar en privado la *Crítica de la razón pura*) nos ha llegado que Kant hace responsable de la mala acogida de ésta a Herder. Significativamente, en 1766 Herder había reseñado de forma negativa *Los sueños del visionario*,<sup>32</sup> a través de los cuales Kant quería iniciar su giro personal y «criticista» en filosofía. Como hemos visto, Kant podía aceptar con humildad el fracaso de aquella obra, pero no que se obviara su largamente trabajada gran aportación filosófica de la *Crítica de la razón pura*. Quizás por eso Kant, que no había reaccionado de manera especial a la publicación de la primera obra de filosofía de la historia de Herder *Otra filosofía*, reseña rápida y negativamente las primeras entregas de la segunda. A pesar de la gran ecuanimidad kantiana –de la que hizo gala durante toda su vida–, las circunstancias y desconfianzas que hemos mencionado no parecen estar totalmente al margen de la acerada crítica con que reseña en 1784<sup>33</sup> la primera parte publicada de la obra de Herder *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*. A partir de ahí, las relaciones kantiano-herderianas se enconan terriblemente, enpozoñadas por la lamentable «confesión» a Herder por parte del editor de ambos y amigo mutuo Hartknoch de que Kant le hacía responsable de los ataques recibidos por la *Crítica*. Además, el carácter ex-

31. Emilio Estiú, p. 13.

32. Al respecto véase Anna Tumarkin *Herder und Kant*, y Rouché, p. 662.

33. Si bien su publicación se hará ya en enero de 1785.

traordinariamente vulnerable y de cicatrización difícil de Herder hizo que la reconciliación fuera ya imposible y que se prolongara agriamente la controversia.

Estos aspectos personales son muy importantes y su influencia clara pero no deben desviar nuestra atención de un conflicto de mucho mayor calado filosófico y cultural en sentido amplio (al que dedicaremos la mayor parte de nuestro análisis posterior). Pues Kant –como es habitual en él– en 1784 no lleva simplemente a cabo una circunstancial reseña marcada por un debate de tintes personales, sino que paralelamente ofrece una alternativa filosófica global, pues publica su escrito central sobre filosofía de la historia: *Idea de una historia universal en sentido cosmopolita*. No es exagerado decir que con ésta –y las obras vinculadas con ella que Kant irá publicando en los años posteriores– culmina la visión ilustrada de la historia. Por otra parte, en aquellos años se había puesto de manifiesto el enfrentamiento entre el racionalismo ilustrado y las crecientes críticas románticas que –al menos en sus versiones más radicales (para entendernos, más Hamann que no el propio Herder)– aparecían como cercanas al irracionalismo. Esta polémica emergente, que contaminará y afectará a la que mantendrán Kant y Herder, tenía ramificaciones políticas como por ejemplo en el ministro Von Zedlitz y el editor del *Berliner Monatschrift* (donde publica Kant su *Idea*), J. E. Biester.<sup>34</sup>

Como vemos, la polémica va mucho más allá de lo personal pues simplemente analizando las obras de Kant y de

34. Salvi Turró (1997, p. 18 nota 3) lo ha puesto de manifiesto y valora como muy decisiva la carta de Biester a Kant del 11-5-1786.

Herder es manifiesto que nos encontramos ni más ni menos que con las dos perspectivas más potentes de su tiempo sobre filosofía de la historia. Además, en ellas se encuentran inseparablemente los más profundos e influyentes diagnósticos de una época tan compleja como la segunda mitad del XVIII (con las revoluciones americana y francesa, e infinidad de otros conflictos sociopolíticos), así como su trabazón con las dos perspectivas más globales y profundas de toda la historia de la humanidad formulables desde la Ilustración o el Prerromanticismo.<sup>35</sup> Intentaremos mostrar esto en la parte tercera de este libro, volvamos ahora a los hechos y circunstancias concretos.

Parece ya indiscutible que Kant dispuso —como era habitual en un círculo tan reducido de personas y en una época donde el proceso editorial era largo y dificultoso— de las pruebas o galeradas de la primera parte de las *Ideas* de Herder con anterioridad a su publicación. Al parecer fue por medio de un personaje que nos es ya conocido y que, como vemos, tuvo una importante relación en el enfrentamiento entre Kant y Herder; se trata de Hartknoch, amigo y editor de ambos; pero no podemos descartar tampoco una intervención en tal sentido del también amigo mutuo Hamann. Evidentemente, en el marco y circunstancias que hemos analizado, el momento era propicio para las desconfianzas y los malos entendidos. El propio Kant pu-

35. Hemos usado aquí el término «Prerromanticismo» más que «Romanticismo» (como decimos habitualmente) para recordar que según muchos autores Herder es más el formulador y heraldo del Romanticismo alemán en su primera etapa (habitualmente considerada como «Prerromanticismo» y coincidente con el movimiento del *Sturm und Drang*) que no en su etapa inmediatamente posterior, en la cual —al menos filosóficamente— ha caído ya en un cierto —si bien temporal— olvido.

blica su *Idea* con una enigmática nota inicial donde justifica la apresurada publicación de este escrito como «aclaración» a un pasaje de una revista de la época.<sup>36</sup> Sea como sea, para Herder y su entorno (se conserva la opinión en tal sentido de su esposa María Carolina)<sup>37</sup> con la publicación de *Idea*, Kant quiso refutar por adelantado la obra *Ideas* de Herder.

Aunque parece claro que Kant no improvisa ni «inventa» de repente unas ideas que son muy esenciales a su concepción ilustrada de la condición humana, las mencionadas circunstancias definen aparentemente un cierto movimiento agresivo respecto a Herder, que también debemos valorar como una respuesta a los ideales románticos emergentes que éste lideraba. Además, pronto la interpretación que privilegia los aspectos personales y de enfrentamiento directo parece confirmarse, cuando Kant recensionne de forma muy negativa (además con un estilo entre irónico y sarcástico muy poco habitual en él) la primera

36. La nota dice textualmente y sin más detalles: «Un pasaje de las gacetillas del ejemplar doce de la *Gaceta académica de Gotha* de este año, sin duda tomados de mi conversación con un docto compañero de viaje, me obligan a publicar esta aclaración sin la que aquél no tendría ningún sentido comprensible», *Idea*, p. 39. Rodríguez Aramayo y Roldán Panadero —véase su traducción de *Idea* (Madrid, Tecnos, 1994, p. 3)— identifican el pasaje en cuestión (p. 95 del número del 11-febrero-1784 de dicha *Gaceta*) donde el capellán mayor de la corte Johann Schulz dice: «Una idea predilecta del profesor Kant es que el objetivo final del género humano es conseguir una constitución política lo más perfecta posible y le gustaría mucho que un historiador-filósofo asumiera la tarea de proporcionarnos una historia de la humanidad bajo ese respecto, donde se mostrase hasta qué punto se ha aproximado la humanidad a esa meta en las diferentes épocas o cuánto se ha distanciado de ella, así como lo que aún queda por hacer para alcanzarla».

37. María Carolina von Herder (J. H. Müller ed.) *Erinnerungen aus dem Leben J. G. von Herder*, Tübingen, 1820, vol. II, p. 222.

parte de las *Ideas* de su antiguo discípulo. Por otra parte, también aquí es patente una opción de Kant por un estilo de filosofar que se opone radicalmente al que había llevado al triunfo a Herder. Así, el primero opta por un estilo sobrio, comedido y riguroso, que prioriza la sistematicidad y la coherencia por encima de toda salida inspirada o «genial», que prefiere sacrificar totalmente cualquier desarrollo o salida de tono que no sean estrictamente necesarios para el avance lógico de la argumentación, etc. Mientras que el segundo tiende hacia una escritura fácil y brillante, entusiasta y sugerente, basada muchas veces en los contrastes y los giros sorprendentes en la argumentación, que busca la complicidad o aquiescencia –incluso «sentimental»– del lector y que, una vez conseguida, avanza arrolladoramente acumulando argumentos y datos de todo tipo. En este sentido, a pesar de lo muy habitual en la época de los títulos con el término «idea» o «ideas», etc., no deja de ser significativo que Kant responda al muy ambicioso y exuberante proyecto de *Ideas* de Herder con su escrito titulado –¡ahora en singular!– modestamente *Idea...* No podemos dejar de ver en ello un guiño al lector o un irónico aviso para navegantes.

De lo dicho resulta claramente que cada uno de los contendientes tenía motivos para sentirse atacado por el otro y, por tanto, verse traicionado en su antigua amistad. Además ambos se saben en un momento decisivo de su evolución intelectual, el cual deben confirmar ganando el favor público –por otra parte, muy dividido e igualado en ese momento– en favor de sus ideas. Ambos son conscientes también de que a través de sus obras se enfrentan y dirimen los principios filosóficos y cuestiones básicas de su

época, que deberá escoger entre Ilustración y Romanticismo. En consecuencia, su polémica se hace más dura, agria y directa. Herder termina de redactar la segunda parte de sus *Ideas* ya desde una perspectiva en clara beligerancia contra la *Idea* kantiana, a las que responde también Kant en su segunda reseña.

No nos alargaremos con los detalles de la polémica, que va complicándose. Kant contesta a la réplica que le había formulado Reinhold<sup>38</sup> (1758-1823) a su primera recensión sobre las *Ideas* de Herder, mientras que publica también la recensión de la segunda parte de las *Ideas*. Como hemos dicho en ambos escritos la confrontación con Herder en puntos teóricos relevantes es plenamente explícita. En este momento, la iniciativa en la polémica la lleva Kant, quien, en contraste con su comportamiento habitual, parece alimentarla conscientemente.<sup>39</sup> Por su parte Herder, si bien está ya reaccionando en la redacción de nuevos capítulos de las *Ideas*, parece justificar la afirmación de su esposa María Carolina, en el sentido de que «no quería tomar contra su antiguo maestro otro partido que el silencio».<sup>40</sup> Pero es que, como hemos dicho, la polémica Kant-Herder va mucho más allá de los conflictos personales y ejemplifica el debate filosófico y cultural más esencial en su época.

38. Estaba casado con una hija de Wieland y participaba hasta el momento del movimiento cultural progermanista donde era muy considerado Herder. Más adelante propondrá superar la escisión de las facultades humanas (sensibilidad, entendimiento y razón) típica del criticismo kantiano a partir del hecho primario y unificador de la «facultad representativa». Con ello Reinhold se anticipa al diagnóstico de Fichte sobre el déficit del criticismo y se convierte en un punto clave en dirección al Idealismo alemán.

39. *Recensiones*, p. 193.

40. Estiú, p. 14.



Así, en diciembre de 1784, Kant edita su escrito *Respuesta a la pregunta: ¿qué es ilustración?*, el cual sintetiza el diagnóstico kantiano sobre su época y la Ilustración. A través de él se da un salto evidente en favor de la autoconciencia del movimiento ilustrado, que en el momento de su ya indiscutible maduración se siente amenazado por nacientes perspectivas que apuntan al Romanticismo e Idealismo. La Ilustración comienza a hablar —en este escrito— en primera persona como un movimiento integrado y con conciencia de sí. Aún más, como mostraremos, se define e inscribe tanto en el marco socio-político de su época, como en el más universal de filosofía de la historia de la humanidad. Exactamente lo mismo, pero en una dirección y con un estilo absolutamente contrarios, lo está haciendo desde hace ya algunos años Herder. Mientras éste, a su manera más impetuosa e inconsciente, se ha puesto al servicio del naciente movimiento prerromántico y antiilustrado (del cual saldrán en gran medida el Romanticismo, el Idealismo<sup>41</sup> y el Historicismo), Kant lo hace —y ahora mucho más explícitamente que nunca antes— al servicio de la Ilustración culminante.

Este debate de alto calado teórico y social continuará a pesar de que, por el momento, tanto Kant como Herder parecen cansados de la parte más «personal» de la polémica. Por ello las referencias explícitas y directas, así como las estrictas reseñas críticas de sus mutuas obras,<sup>42</sup> irán ce-

41. No hay que identificar demasiado rápidamente a Herder con el Idealismo alemán. A pesar de sus muchos acuerdos y anticipaciones con Fichte y, todavía más, con Hegel y Schelling, hay también importantes divergencias.

42. Kant por ejemplo ya no reseñará la parte 3ª ni 4ª de las *Ideas*, ni Herder lo hará con las constantes publicaciones kantianas.

diendo en favor de aquel debate más profundo. ¡Y no porque falten las ocasiones para «personalizar» la polémica! Kant publica, por ejemplo, en 1786 el escrito *Comienzo verosímil de la historia humana* el cual puede contraponerse fácilmente al libro X de la segunda parte de las *Ideas* herderianas, donde también se comenta el *Génesis*.<sup>43</sup> Ambos autores publican aceleradamente y de manera paralela. Mientras Herder publica en 1787 y 1791 las partes tercera y cuarta de sus *Ideas* (además de sus cuatro recopilaciones de *Hojas dispersas* entre 1784 y 1793, pero dejando sin redactar el que habría de ser la parte quinta y final de *Ideas*), Kant publica en 1786 *Qué significa orientarse en materia de pensamiento*, pero sobre todo ve consolidarse definitivamente su prestigio y acrecentarse su influencia con la publicación de la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* en 1785 y la *Crítica de la razón práctica* en 1788.

En adelante, dejando sin redactar la última parte de *Ideas* dedicada a la modernidad, Herder se concentra en su magno proyecto de las *Cartas para el fomento de la humanidad*, a lo largo de diez recopilaciones entre 1793 y 1797; mientras, Kant publica, ahora con un reconocimiento general que lo sitúan cada vez más en el centro del debate intelectual de la época, la *Crítica de la facultad de juzgar* (1790) y escritos de intervención más directa como: *La religión dentro de los límites de la mera razón* y *Sobre el dicho vulgar: eso no puede ser cierto en teoría, pero no sirve para la práctica* (ambos en 1793), *El fin de todas las cosas* (1794),

43. Texto que desarrolla lo que Herder ya había escrito en dos partes en 1774 y 1776: *El más antiguo documento de la especie humana*.

ller, quien (precisamente había iniciado sus lecturas de Kant en el escrito *Idea*) entusiasmado con la obra kantiana, se inspira en ella para escribir sus famosas *Cartas para la educación estética del hombre*.

Con los años, pero sin abandonar ya Weimar, las relaciones de Herder con la corte y el propio Goethe habían ido empeorando, sintiéndose progresivamente aislado y marginado. Paralelamente y por la muy peculiar evolución intelectual que comentaremos, Herder fue perdiendo la popularidad de la que gozó en un primer momento en toda Alemania, a medida que se distanciaba de la cultura predominante. Ello no escapó a la mirada de Goethe quien, quizás para justificar su propia evolución, comentó a Eckermann el 16 de agosto de 1824: «Nuestra literatura no habría sido lo que es actualmente sin estos dos grandes precursores [Klopstock y Herder]. Cuando surgieron, iban delante de su época, y al fin arrastraron a ésta tras de sí. Pero ahora están rebasados, y ellos, que en un momento dado fueron tan necesarios, han dejado de ser un medio. Un joven que quisiera hoy prepararse en la escuela de Klopstock y de Herder se quedaría rezagado».

Es muy trágica la evolución de la recepción y valoración de la obra de Herder. Por una parte, había alcanzado un muy rápido reconocimiento en su juventud, siendo en ello seguramente más afortunado que Kant –de paso más lento pero mucho más sólido y seguro–. Por otra parte, con el tiempo experimentó un progresivo olvido que culminó precisamente con su muerte. Parecía haber perdido todo interés para las nuevas generaciones tanto de literatos como de filósofos (justamente cuando estaban cada vez más fascinados y marcados por su antiguo maestro, ahora

adversario, Kant).<sup>46</sup> Muy significativamente en 1793, en pleno período del Terror se instaura una cátedra de filosofía kantiana en el teatro mismo que preside la Revolución francesa: en París. En cambio, a Herder ya sólo después de su muerte comenzó de nuevo a hacerse justicia como inaugurador del Romanticismo, del Idealismo e, incluso, del Historicismo.

En claro contraste con el triunfo ya indiscutible de su antiguo maestro y exacerbado por su propio olvido y marginación, Herder se resiste a este destino. Ya en la fase final de su vida, recupera (un tanto desesperadamente) su polémica más directa y agria con Kant y su Criticismo. Recuperando y radicalizando sus posturas anteriores (y con un renovado influjo de Hamann), Herder dedicará un último esfuerzo (infructuoso por lo que respecta al reconocimiento general) a someter a crítica acérrima al Criticismo. Publica en 1799 la *Metacrítica*, con la cual pretende contestar directa y explícitamente (a la vez que de manera agria y desesperada) a la *Crítica de la razón pura*. Los resultados son nefastos. Incluso el propio Goethe –más bien a pesar de su distanciamiento mutuo que no precisamente por él– manifestó que, de haber sabido a tiempo la naturaleza del proyecto herderiano en esa obra, le habría suplicado de rodillas a su autor que lo abandonara o que, al menos, no la publicara.<sup>47</sup> En unos tiempos complejos, donde ciertamente el debate en torno y en contra del Criticismo era absolutamente central, se hace

46. Éste, además, también se ve reconocido por las instituciones universitarias. En 1786 es nombrado rector de la Universidad de Königsberg, repetirá en 1788 y será nombrado decano de la Facultad de Filosofía en esa misma universidad en 1793.

47. Baur, p. 214.

meridianamente claro para la mayoría que –a pesar de su brillantez– el peculiar estilo literario y filosófico de Herder (excesivamente apasionado y sentimental, muchas veces inconexo e inseguro) no podía enfrentarse con éxito al rigor y la coherencia de la obra de Kant. Más adelante, incluso un decidido partidario de Herder como Meinecke, si bien en medio de grandes elogios, no puede sino señalar como una «debilidad de su espíritu, frecuentemente censurada y que siempre se impone al lector; la ausente exigencia de claridad conceptual y rigor lógico. O sea, que no sintió la necesidad de la consecuencia».<sup>48</sup>

No obstante Herder todavía hará otro ataque directo en contra de Kant. *Kalligone*, publicada en 1800, incluye una crítica a la estética kantiana expresada en la primera parte de la *Crítica de la facultad de juzgar*. En ella puso Herder grandes esperanzas y, en cierta medida, es el resultado del trabajo de toda su vida sobre la literatura y el arte. Pero precisamente porque la obra fue interpretada como una mera crítica a Kant, resultó infravalorada en todo aquello que tenía de genuina aportación al campo de la estética, donde, por otra parte, Herder tenía mucho a decir. Cosas del destino, Herder acabó siendo víctima tanto de su progresivo alejamiento de la realidad alemana, como de una vieja polémica ya sin resonancia popular. Los tiempos parecían haber dado totalmente la espalda al estilo y características filosóficas del antes afortunado Herder, todo lo contrario de lo que le ha sucedido a Kant.

En este extraño «destino» de Kant y Herder que hemos resumido, es indudable que la compleja evolución

48. Meinecke, p. 306.

psicológica –con sus inseguridades personales– de Herder colabora sin duda en su progresiva marginación, mientras que por otra parte el trabajo sistemático y claramente dirigido por unas ideas básicas de Kant había de poner de manifiesto tarde o temprano su enorme talento filosófico, así como la revolución que había llevado a cabo en el pensamiento. Pero más allá de los conflictos y debilidades personales de Herder, todo sucede como si, al final del siglo XVIII, el cada vez más consolidado espíritu antiilustrado ya no se sintiera bien representado por Herder y encontrara a otros autores más a su gusto. Es el caso, por ejemplo, de Hölderlin o Novalis por lo que respecta al Romanticismo, de Fichte o el joven Schelling por lo que hace al Idealismo; mientras que el Historicismo que también parecía augurar Herder debe esperar por el momento su plena consolidación como movimiento filosófico-cultural.

Como si intuyera el destino inmediato del pensamiento herderiano, en la etapa final de la vida de ambos, Kant parece postergar conscientemente el debate con su viejo discípulo, para centrarse en entender y contraatacar a estos nuevos discípulos «hipercríticos» (como llama –en notas personales escritas de esta etapa– a los pretendidos seguidores que, no obstante, soslayan algunos de los más prudentes principios del Criticismo). Este nuevo y profundo debate parece acaparar toda la atención de un ya muy anciano Kant. Pero salvando las distancias, en éste resuenan –aunque los implicados no siempre lo reconozcan– las perspectivas y actitudes filosóficas de su viejo ex discípulo. Curiosamente, ya al final de su vida, Kant debe luchar por entender y superar las dificultades de un nuevo lenguaje, unas nuevas expectativas y exigencias filosóficas y un reno-

vado entusiasmo –por las posibilidades de un «salto metafísico» que él había sistemáticamente querido cercenar– que recuerdan profundamente y remiten a los de Herder. Y el paradójico hecho de que la mayoría de estos nuevos autores «hipercríticos» (como Fichte) se remitan e impulsen en el propio pensamiento de Kant, tampoco no es nuevo, pues ya Herder –a otro nivel– se había aprovechado e impulsado en las enseñanzas de su antiguo maestro.

En fin y de manera entre trágica y sorprendente, cuando la Ilustración agoniza (Kant, muy envejecido, deja de publicar a partir de 1798<sup>49</sup> y muere el 12 de febrero de 1804), no lo hace directamente a manos de uno de sus principales y primeros críticos –Herder–. Por ejemplo el espíritu romántico se proyecta ahora desde ámbitos totalmente ajenos a Herder, como por ejemplo la revista *Athenaeum*<sup>50</sup> fundada por los hermanos Friedrich y August Wilhelm Schlegel. En este momento, incluso la vibrante polémica entre dos de los principales genios filosóficos del siglo –Kant y Herder– queda relegada al olvido. Nuevas polémicas –que, no obstante, remiten en muchos de sus aspectos ésta– centrarán la atención filosófica. Por ello, a pesar de su clara anticipación y de haber sido uno de los más sistemáticos interlocutores (adversario, si se quiere) del pensador clave de la época –Kant–, Herder se ve relegado en el interés de los jóvenes filósofos que lideran los movimientos que él había ayudado a nacer (Romanticis-

49. En 1800 se publican sus lecciones sobre lógica *Logik*, pero ya no por él sino por G. B. Jäsche. Habrá otras publicaciones pero esencialmente de clases anteriores.

50. Entre 1798 y 1800 editará tres amplios e influyentes volúmenes.

mo, Idealismo e Historicismo).<sup>51</sup> A diferencia de Kant –en esos momentos ya convertido en un autor «clásico» de obligada y permanente reinterpretación–, Herder deberá esperar a que el redescubrimiento de futuras generalizaciones le haga justicia. Por otra parte, no es seguro que ello se haya producido ya por completo.

## I-2 DIFERENCIAS DE ESTILOS Y DE CARÁCTER

Si bien nuestro objetivo es analizar las primeras grandes filosofías de la historia en la obra de Kant y Herder, y con ello profundizar en el conflicto entre Ilustración y Romanticismo, no podemos obviar aspectos más personales. Como suele suceder, debates filosóficos y culturales de tan amplio calado no se limitan a cuestiones meramente teóricas e, incluso, a favor o en contra de unos valores determinados. Casi siempre intervienen en estas polémicas elementos formales (por ejemplo de estilo de pensar y de expresarse) además de los más personales e idiosincrásicos.

Aunque hemos dedicado toda la parte tercera de este libro a contraponer Kant y Herder (junto con los movimientos que, en cierto sentido, lideran), como allí nos limitaremos a los enfrentamientos de contenido, nos centramos ahora en los enfrentamientos más bien de tipo estilístico y formal. Ciertamente creemos que normalmente no se puede escindir la forma del contenido, o lo dicho del estilo con que se dice, pero por razones de claridad intentaremos distinguir ambos aspectos. Además así evitaremos –más ade-

51. Meinecke y Antoni –entre muchos otros– resaltan este hecho.